

CAOS

LA idea que ha tenido el alcalde de Madrid para el problema del tráfico es algo más que una idea: es una filosofía. Se trata de aumentar, de fomentar el caos hasta llevarlo a un nivel absoluto de insoportabilidad: cuando el automovilista llegue a ese límite, abandonará su automóvil para siempre. Y cuando no haya automóviles, no habrá más caos. Es una idea trascendente que puede aplicarse a la política, a la administración, a la sociedad. Es una filosofía de Anticristo, un paso previo al fin del mundo. El tráfico en la gran ciudad es, después de todo, un microcosmos, en el que se reproducen a escala las tensiones de la sociedad entera.

Las soluciones que podemos llamar malthusianas abundan mucho en nuestros tiempos. Son soluciones que tienden a la negación. Diabólica, desde luego (el diablo es un espíritu que dice "No", contaba Goethe), pero nadie puede negarle utilidad al diablo, si vamos viendo como su presencia en el mundo va configurando la sociedad. El malthusianismo consiste en anular o cegar fuentes de vida para evitar dramas mayores: neguemos el automóvil, y el automóvil dejará de ser un problema. A la larga, la solución se planteará en otros términos: neguemos al hombre, anulemos al hombre, y ya no habrá problema humano.

Personalmente, no soy enemigo de las negaciones, aunque tengan tal perfil diabólico. En el mundo contemporáneo, y en la España contemporánea, hay bastantes más cosas que negar que las que hay que afirmar. Pero pocas personas tienen el valor de negar. Es antisocial. Siempre que se habla de críticas o de oposiciones, se dice que son toleradas cuando son "constructivas", nunca cuando son negativas o destructivas. De esta manera se infravalora o se olvida el enorme valor positivo o afirmativo que hay en una negación.

Lo temible es que parece ya un poco tarde, en estas alturas de lo que llamamos civilización humana, para destruir por la negación. Aparte de que no le dejan a uno, hay ya una política del "pis aler", que dicen los franceses, de ir hacia lo peor, que parece muy bien comprendida por el alcalde de Madrid, al que damos el valor de una clase política que representa y que la elige. Sus agentes municipales colocando cepos, convirtiendo calles en peatonales, utilizando grúas, multando, regañando, serán una legión de demonios que harán imposible la vida al automovilista hasta que éste pierda la esencia que le define temporalmente, que es la de automovilista. Le habrá tocado ese concepto tan propio de nuestro tiempo, la "disuasión". Quizá en la democracia que se cierna sobre nosotros con algunos perfiles amenazadores se llegue también a un nivel de disuasión. Su mayor diabolismo es que esa disuasión, ese desistimiento del ciudadano se va a convertir en lo que se está llamando "participación". Participación ¿en qué? En un orden que no se entiende, en otro "orden nuevo", como aquella frase que adoptó Hitler para justificarse y que se convirtió en un desorden antiguo, en un caos antiguo.

La vieja idea racionalista de la primera democracia europea, la de la revolución francesa, se ha perdido ya: organizar, ordenar, precaver, organizar. Era la base de una política entera, que dio sus resultados. Ahora se trata de que el ciudadano sea ciudadano a base de negarse a sí mismo. Está dotado de todos los poderes, de toda la soberanía. Ya no se los cobije una autocracia. Pero que no use esos poderes. Hay que disuadirle. ■

POZUELO

Rodeando a Carrillo, en primer plano, Pilar Brabo y Santiago Alvarez. Detrás de ésta, Manuel Azcárate, y a la izquierda José Ramón Ormazábal.



de Carrillo

licas: dirige el PCG, hace muchos años fue responsable del trabajo en Madrid, es el experto en temas agrarios del Ejecutivo, es el encargado de "temas portugueses", con contactos con Mario Soares y los comunistas lusos.

Los otros cinco, Azcárate, Tamames, Brabo, Ballesteros y Díaz Cardiel, se "han hecho", a excepción del primero, en el interior. Azcárate es el responsable de la política Internacional del PCE, el hombre de la polémica con los soviéticos (se sonreía cuando Carrillo, contestando a un periodista, afirmaba que el Gobierno español conocía, tal vez mejor que él mismo, las intenciones de Moscú respecto al Partido Comunista) y también se encarga, junto a Simón Sánchez Montero, de las cuestiones de unidad con las demás fuerzas políticas de la oposición. Cincuenta y nueve años, aunque aparente algunos menos.

Tamames, cuya presencia al lado de Carrillo no había dejado de sorprender a algunos, publicaba en "El País", la misma mañana de la rueda de prensa, un artículo en el que se esbozaba una tesis, matizadamente distinta a la oficial del PCE, acerca de la política a seguir de cara a las próximas elecciones: ¿es un nuevo método de debate político o una aportación sin mayores consecuencias? La personalidad de Tamames, cuya presencia en la dirección ha sido un factor importantísimo a la hora de cambiar la imagen del PCE, hace pensar en una discusión seria.

Pelirroja, uno de los miembros más jóvenes de la dirección —estuvo dedicada al trabajo universitario hasta hace pocos años—, Pilar Brabo sería el exponente más cualificado de un hito importante en la historia del PCE: la entrada masiva en las filas del Partido del movimiento universitario, que se produce a partir de la mitad de los sesenta: nuevas ideas, nuevos métodos y juventud. Algo que, se dice, Carrillo apreciaba enormemente.

Jaime Ballesteros es, según algunos, el anglosajón de la dirección: el hombre del trabajo interno, ha figurado en muchas listas como candidato en la imposible sucesión de Carrillo. ¿Cerebro gris?, probablemente.

Se dice que conoce como nadie al nuevo partido del interior: un partido que en un alto porcentaje no tiene más de diez años de antigüedad. Y no sólo en Madrid, sino en toda España. Empeñado en el esfuerzo del PCE de llegar a los 300.000 militantes.

Y, por último, Víctor Díaz Cardiel: ocho años en la cárcel (hasta 1974) dirigente obrero en su origen, es el responsable de la organización de Madrid (12.000 militantes según fuentes del PCE). Se encuentra entre quienes introducen nuevos métodos del trabajo en la capital de España, punto clave en el organigrama del PCE y por ello lugar en el que la represión y las dificultades han sido mayores que en ningún lado. Díaz Cardiel combina los viejos métodos de trabajo —de los que él a sus cuarenta y cinco años ha sido participante— con los incorporados por las nuevas circunstancias. La semana pasada "Mundo Obrero" publicaba una carta de Santiago Carrillo dirigida a la organización de Madrid en la que muy sutilmente se recordaba que la misma no era una creación reciente, sino que su historia databa de más de cuarenta años: no se puede olvidar el pasado.

¿Son los "hombres de Carrillo"? Son, muy probablemente los hombres en los que confía Carrillo, aunque la lista sea incompleta. Y todo indica que ellos también confían en el secretario general. Santiago Alvarez, el único que habló, escasas palabras, en la rueda de prensa del viernes, aseguró que el partido presentaría a Carrillo en varias circunscripciones para que éste saliera elegido diputado. Una muestra de confianza. ■ CARLOS ELORDI (Fotos: PILAR AYMERICH).